

El ejemplo del profesor

Publicado en *Vanguardia Educativa* (Monterrey, México), nº 14, 2013

María Rosa Espot y Jaime Nubiola

“Como guía de montaña —escribe Pablo Edronkin, líder y guía de grupos de exploración— he visto a muchas personas sufrir cansancio y quejarse durante los ascensos, pero si ven que su guía —o quienes estén a cargo del grupo— continúa marchando y no evidencia cansancio, misteriosamente obtienen nuevas fuerzas para continuar. La actitud de un líder es increíblemente importante —y hasta diría, decisiva— para el logro de cualquier objetivo grupal”. Algo parecido les pasa a los estudiantes con sus profesores, sus líderes en el aula y en muchos casos también en su vida. El profesor ha de ser consciente de que si sabe dar buen ejemplo, podrá alcanzar resultados insospechados en el crecimiento personal de sus alumnos.

Más tarde o más temprano, las personas descubrimos la presencia o la falta de sinceridad en la vida de los demás. Es decir, antes o después advertimos si lo que viven es realmente lo que piensan y lo que dicen. En base a ello confiamos o no en cada uno de ellos en particular. La confianza surge, en buena parte, a partir de lo que observamos en la vida de cada uno, es decir, a partir del ejemplo que es capaz de dar.

Por eso, para estimular a los alumnos no bastan las titulaciones del profesor, sino que se necesitan, sobre todo, sus obras y sus actitudes. El profesor con su modo de hacer en el aula y fuera de ella está enviando continuamente mensajes a sus alumnos, tanto cuando las cosas van bien como cuando se complican y es difícil encontrar una solución. Lo que queremos decir es que el buen ejemplo del profesor ha de ser una constante en su vida. No se trata de *dar* ejemplos a nuestros jóvenes, sino que se trata de *ser* en todo momento un buen ejemplo para ellos. Las palabras pueden a veces convencer, pero lo que realmente arrastra es el testimonio vivo, es decir, las palabras hechas realidad en la vida de quien las dice. Se trata de vivir lo que se enseña.

El papel del profesor

Está claro que los profesores enseñamos muchísimo más por lo que hacemos que por lo que decimos. De nada sirve a los alumnos un magnífico discurso si luego la realidad muestra una conducta o unas actitudes contrarias en quien lo ha pronunciado. En este sentido, el ejemplo del profesor tiene un papel clave en lo que pretende transmitir a sus alumnos y en la conducta que estos adoptan en su vida. No cabe duda de que las cosas nos parecen menos difíciles cuando las vemos realizadas en otros y, a su vez, las cosas uno las comprende mejor a la hora de enseñarlas a otros, si antes las ha convertido en una vivencia personal.

El profesor no deja de proporcionar información sobre sí mismo en el aula y en todas las situaciones, circunstancias y lugares que comparte con sus alumnos: en el despacho, en la biblioteca, en el comedor, en la calle, o donde sea. No puede separar su ejercicio profesional de lo que realmente *siente* y *es*. Por así decirlo, un profesor lo es *siempre*, las veinticuatro horas del día todos los días del año. Por su parte, los alumnos

no solo son receptores del saber del profesor, sino que también lo son de su modo de ser, de trabajar, de tratar y respetar a los demás, e incluso de sufrir. Ningún detalle les pasa desapercibido. Es innegable que el profesor es un punto de mira constante para sus alumnos y que en estos se produce un aprendizaje u otro dependiendo de lo que ven en el profesor.

El empeño personal del profesor por ser un modelo, esto es, un buen ejemplo para los alumnos, indudablemente le ayuda también a ser mejor. En particular le aleja de la rutina, el conformismo y la mediocridad, tres situaciones funestas que arruinan cualquier intento de formar a jóvenes capaces de aprender, crecer y madurar. Por su puesto no se trata de que el profesor se presente ante sus alumnos como un modelo, sino que se trata de que su trabajo docente diario bien hecho y su transferencia espontánea de actitudes, valores y conductas vayan calando como por ósmosis en sus alumnos. En definitiva, lo que queremos decir es que el buen ejemplo del profesor beneficia tanto al alumno como al profesor.

La fuerza del ejemplo

Es cierto que la capacidad de imitación permite aprender de los demás. Ahora bien, los profesores no podemos olvidar que esta capacidad del ser humano depende —entre otras cosas— de lo interesante y agradable que sea el modelo. Asimismo, vale la pena tener en cuenta que en la vida cotidiana no son pocas las veces que, por así decirlo, la imitación se da por contagio. Basta que pensemos en lo contagiosos que son los estados de ánimo, las modas o las costumbres. En este sentido, la fuerza del ejemplo es decisiva en la vida de los jóvenes y muy en particular el ejemplo del profesor.

El ejemplo del profesor no es una mera lección teórica. Dar ejemplo es hacer algo —una acción, una conducta— digno de ser imitado y que puede mover a otros a que lo imiten. La ejemplaridad del profesor es —sin lugar a dudas— el argumento más convincente para sus alumnos. El ejemplo trasciende las palabras y se afianza en lo que perdura con el paso del tiempo, ahí reside su fuerza.

Para la inmensa mayoría de los jóvenes lo que más cuenta son los hechos. Los jóvenes se cuestionan el porqué de las cosas, y se cuestionan también a aquellas personas —en particular a los profesores— que pretenden enseñar unos valores, unas normas, unos principios o unos hábitos que no rigen su vida, la vida de sus supuestos maestros. En este sentido, los alumnos exigen ejemplaridad a los profesores. Los profesores tenemos que vivir lo que enseñamos, si de verdad queremos que nuestros alumnos lo aprendan, si de verdad queremos ayudarles a crecer y a ser mejores. La falta de ejemplaridad genera irremediablemente pérdida de autoridad en los profesores y, cuando esto sucede, el profesor deja de ser un referente para sus alumnos, es decir, deja de ser un modelo y los alumnos se apartan de él.

Viene aquí al caso el dicho del famoso rabino Jacob Yitzakh al consolar a otro rabino poco afortunado que recuerda George Steiner en sus *Lecciones de los maestros*: “Vienen a mí porque me sorprende que vengan, y no van a ti porque a ti te sorprende que no vayan”. Aquí se encierra la clave de toda enseñanza por medio del ejemplo.

María Rosa Espot (Barcelona) es Licenciada en Ciencias Biológicas por la Universidad Autónoma de Barcelona y Doctora en Humanidades por la Universitat Internacional de Catalunya. Desde 1978 es Profesora en el Colegio La Vall de Bellaterra (Barcelona). Es autora de los libros *La autoridad del profesor. Qué es la autoridad y cómo se adquiere* (2006) y en colaboración con J. Nubiola, *Aprender a divertirse* (2011). **Contacto:** mrespot.lavall@instituticio.org

Jaime Nubiola (Barcelona, 1953) es Profesor de Filosofía en la Universidad de Navarra, España. Entre sus libros se cuentan *El taller de la filosofía*, *Pensar en libertad*, *Invitación a pensar* y en colaboración con F. Zalamea, *Peirce y el mundo hispánico*. Es director de la revista *Anuario Filosófico* y director del *Grupo de Estudios Peirceanos*. **Contacto:** jnubiola@unav.es